



Hermanos:

He querido comenzar con este saludo fraternal, porque creo que es el único que encaja en un acto donde vamos a tratar algo tan entrañable para los que estamos aquí reunidos: como es la Cuaresma y la Semana Santa de nuestro pueblo.

Antes de seguir adelante agradecer la presentación que acaba de hacer a este pregón mi buen amigo José Reina. Desde luego en los elogios que me ha dedicado ha exagerado lo suyo, tanto, que he tenido, al oírlo desde ahí dentro, la sensación de que estaba refiriéndose a otro; que se había equivocado de pregonero. Pero; como sé que en sus palabras había más corazón que cerebro, no hay más que hablar. Gracias José.

Hace hoy un año, en Junta de Corporación, decidimos llevar a cabo una serie de actos unos, de orden interno, de puertas para adentro, otros a niveles más amplios, para conmemorar el 25 aniversario de la fundación de nuestro Grupo: La Espina. Yo quedé encargado, previa aprobación de la agrupación de Cofradías, de preparar el Pregón de esta Semana Santa. Desde ese mismo momento, supe que la mayor dificultad iba a estar en dar al tema un enfoque original, distinto.

Porque, qué no se habrá hablado, escrito, cantado de la Semana Santa de Puente- Genil. A pesar de la riqueza de matices que encierra, son multitud los autores, poetas y simples mananeros de a pie, como es mi caso, los que alguna vez han dejado correr la pluma para expresar y comunicar sus sentimientos en torno a ella.

Y este problema fundamental he querido resolverlo de la manera más fácil. Describiendo, a grandes rasgos, el ambiente y narrando en versos sencillos algunas de las escenas, algunos de los hechos, que todos los años vivimos por estas fechas.

Y así, en ligeras pinceladas, bosquejar el magnífico cuadro que la Puente compone en su Cuaresma y Semana Santa.

Indudablemente, hubiera querido hablar de todo, todo me gusta, pero esto supondría extenderse demasiado y no quiero caer en lo que un amigo mío solía contar cuando hablaba en público: decía que durante la primera media hora, el oyente suele y puede estar más o menos pendiente de lo que dice el orador. A partir de ahí, se siente incómodo en el asiento, se le va yendo el hilo del discurso y empieza a pensar en cosas propias a darle un repaso mental a su familia. Pero a partir de los tres cuartos el repaso mental pasa a dárselo a la familia del conferenciante.

Y para que esto no ocurra, sin más preámbulo, entramos en el tema.

LA CUARESMA.-

La palabra **CUARESMA** tiene en Puente Genil un sentido muy especial. Sólo decir, «estamos en Cuaresma», nos llena la boca, nos ensancha el corazón.

Va más allá del concepto clásico -período de cuarenta días, previo a la Pasión de Cristo, tiempo de oración, recogimiento y sacrificio-. Es algo más profundo, sustancial. Es una forma de sentir, un estado de ánimo. El pueblo, en la calle, en los templos, en los cuarteles, expresa unos sentimientos, unas emociones que ha adquirido por tradición y que enriquece a base de vivencias personales, de momentos vividos inolvidables.

Todo esto tiene su reflejo externo. Y así, desde el mismo instante en que la Cuaresma empieza, algo cambia en el ambiente. Un sin fin de pequeños detalles nuevos, inundan lo cotidiano. Cuando el cohete del Jueves Lardero, tijera blanca que rompe en dos el azul de nuestro cielo, estalla sobre la Puente, nace de nuevo el milagro de todos los años y nuestras vidas, nuestras relaciones adquieren una dimensión distinta. Todo es más familiar, más íntimo, más entrañable.

Ha llegado la Cuaresma
se respira en el ambiente
una atmósfera especial
envuelve a toda la Puente.
Yo no sé si será el río,
espejo de agua serrana
donde se mira la luna
con su diadema de plata
que le da vida a las huertas
y tiñe en verde sus cañas.
O esa escuadra de chiquillos
que marcando el paso marchan,
cuesta arriba, cuesta abajo,
con sus trompetas de palo
y sus tambores de lata.
O serán esos cohetes
que señalan en la tarde
la hora de la oración
y al estallar en el cielo
asustan a los vencejos
que están arrojando al sol.
O esas casas encaladas
olor a horno y a flores,
o esas manos delicadas
que al raso y al terciopelo
le están bordando primores.
Son... esas pequeñas cosas;
sencillas, imperceptibles
que pregonan con su voz
¡ Ha llegado la Cuaresma!
y el color tiene más vida
Y la vida... más color.

Vida y color, color y vida, esencia de una Cuaresma en donde, su expresión plástica, sus manifestaciones populares, se centran fundamentalmente en torno a dos hechos: los cultos religiosos y la noche de los sábados, con sus cenas de Cuarteles y subida a la Ermita del Nazareno.

CULTOS CUARESMALES.-

Puente Genil, a lo largo y a lo ancho de toda la Cuaresma es un gran Altar donde se suceden ininterrumpidamente los cultos que cada Hermandad celebra en honor de su titular. Y cómo prende en nosotros la llama de la fe, con que sencillez elevamos nuestras oraciones hacia esa Imagen que nuestros padres nos enseñaron a querer, del mismo modo que con ellos hicieron nuestros abuelos. Que emocionado silencio flota en el Templo cuando, en armonía de voces se elevan al cielo las plegarias a coro de nuestros cantos, y como vibran nuestras fibras más profundas cuando en el milagro de la Consagración, Dios se hace pan y vino, baja del Cielo a la Tierra, mecido en los acordes de la Diana.

Dos tipos de toque avisan
los cultos de la Cuaresma
uno argentino, de la campana
el del cohete, ronco
como es el alma de la saeta.
A su reclamo acude el pueblo,
el recinto del Templo, chico se queda.
De la Ceremonia, en lo más solemne
un coro de voces su canto eleva
la emoción sobrecoge;
se ensancha el pecho
y la sangre en las sienas nos martillea.
La Oración surge entonces; fresca, espontánea
a las esferas del Cielo llega
y una corriente de amor estrecha
a Dios con la Puente ¡Bendita Tierra!
en nuestras calles, con alegría
una coplilla se oye cantar:
«Entre quinaros; sermones y letanías
estamos en la Gloria cuarenta días»
Hermanos, ¡ Que gran verdad!
En los cultos cuaresmales
formamos un gran racimo
que da la vid del amor
y en los lagares del Templo
el mosto de la oración
llena ese Cáliz divino
que el pueblo; le ofrece a Dios.

SÁBADO DE CUARESMA.-

Llegamos al Sábado de Cuaresma, cuando el pueblo sube a la Ermita a saludar al Patrón. En el Cielo, la luna y las estrellas se asoman al balcón de la noche a contemplar ese espectáculo singular que forma a la gente subiendo en tumulto, al son de un pasodoble, tras el sendero que dibujan dos bengalas.

Noche donde el vino busca la compañía del hombre para transmitirle su calor, su dulce alegría, que... rebaja la pendiente de las cuestas.

El Sábado de Cuaresma
la noche tiende su velo
negro y las estrellas
son alfileres de plata
que lo están cosiendo al Cielo.
En el barrio de la Isla,
en calleja sin salida
está el cuartel del Imperio.
De allí saldrán los Romanos
sin cascos y sin plumeros
sin capitanes ni escuadras,
sin estandartes al viento.
En la Victoria se agrupan
entre un tropel bullanguero
que entrelazados del brazo
formarán fila tras ellos.
Se ha iniciado el pasodoble
y se encienden dos bengalas
que dan color a la noche,
comienza una alegre marcha,
que a su paso, en las aceras
provoca vivas y palmas.
Cuesta Borrego y Baena
en la Concepción, parada
sólo algún grupo se queda
cantando por cuarteleras
en la calle de la Plaza.
Después de reponer fuerzas
y refrescar las gargantas
que habían quedado resacas
del humo de las bengalas.
Continúa la subida
del camino hacia la Ermita
que la Vera Cruz saluda
abriendo los brazos de su placita,
acogiendo las corporaciones,
y el vino se ensancha en forma de «uvita»
dosis de hermandad, amor e ilusiones...
En la plaza de Jesús,
donde el Nazareno aguarda

el pueblo se arremolina
por todos lados se canta.
Cuando suena el Miserere
queda en silencio la Plaza,
con la emoción del momento
se desliza alguna lágrima;
de aquel que reza en silencio;
de corazón, sin palabras.

Ya le hemos dicho al Terrible: Hasta la semana que viene. Ya bajamos las cuestras entre abrazos, coplas y saetas. Y entramos al cuartel cerrando la puerta al frío del invierno que se refugia en la madrugada antes de perder su última batalla con la primavera. La calle queda en silencio, sólo resuenan callados murmullos y ecos de saeta que al filtrarse por entre los muros de los cuarteles, adquieren en la noche tonos de lejanía, de eternidad.

Es sábado en los cuarteles
los hermanos en la mesa
cuadros a varios niveles
de imágenes y retratos
las cuatro paredes llenan.
Es el pasado que asiste
como mudo convidado
de las Cenas de Cuaresma.
En un lugar destacado
los rostrillos y martirios
y una vieja hecha en madera
con siete patas que marcan
las semanas de Cuaresma.
El ambiente es fraternal
se vacían las botellas
¡Viva la Corporación!
el vino las bocas besa,
los corazones rebosan
y nuestras almas se elevan.
En medio de ese clamor,
el cuchillo tintinea
se hace la mesa tambor,
hueco tambor de madera
donde las manos dan ritmo
a la saeta cuartelera.
Desde una esquina a la otra
las voces rompen en grito
«dice Pilatos que hacemos
yo no le encuentro delito»...
¡Que calor; que sentimiento
transmiten nuestras saetas
que de una a otra en la noche
forma una gran cadena
con misereres, alondras

y coplas de la Cuaresma!
Parece como si el tiempo
de pronto se detuviera
como si un nuevo Josué
su espada ante el sol blandiera.
Antes que en el horizonte
el día dibuje su luz primera
y las claras sean como un soplo
que apague los faroles de las callejas
en los cuarteles se cumple el rito
de arrancar una pata a la Cuaresmera
entre vivas y brindis
y musiquilla carnavalera.
¡Hermanos viva el Terrible;
alzar las copas; viva la vieja!
Que euforia, hermanos, que ambiente,
que fraternidad sincera
derrama a chorros la Puente
los Sábados de Cuaresma.

SEMANA SANTA.-

El adiós a la Cuaresma, su última página, la escribirá la Virgen de la Guía, que «los Ataos» mecen con solemnidad durante su carrera. Pero carrera, lo que se dice carrera el tramo final de la procesión y encierro de la Virgen. No sé, si beber vino del «árbol de la pimienta» da unas energías especiales, pero la demostración de júbilo y amor que demuestran esos Ataos subiendo en volandas, bailando a su Virgen al ritmo del «Barrabás», es inaudita. Los que, preparados para el envite, nos apostamos en el medio de la cuesta Baena, llegamos arriba sin resuello, faltándonos la respiración, pero con la alegría de acompañar a la Virgen de la Guía en este acto que abre las puertas de nuestra Semana Mayor.

El Domingo de Ramos.- Será día de cumplimiento de antiguas tradiciones:

-La del estreno de algo, por aquello de que «al que no estrena, se le caen las manos». Y Puente Genil se convierte en escaparate de alta moda masculina y femenina.

-La de recibir a Cristo sobre una borriquilla en su entrada triunfal a Jerusalén. Y la gente menuda, ataviada a la usanza israelita de la época, le acompaña con sus palmas y ramas de olivo.

-La de subir a la ermita de Jesús, en esta noche del domingo, último vestigio de los antiguos «Domingos de Romanos». Habrá mucha gente en la subida y el saludo al Nazareno se hará con las notas de «Gloria al Muerto», símbolo popular y musical de nuestra Mananta.

El Lunes y el Martes.- Serán días de ajetreo, de ultimar en las corporaciones; en las hermandades, todas esas cosas que quedan pendientes para última hora.

Hay que destacar que este año volveremos a tener en nuestras calles a la Santa Cena, que hará su recorrido en la noche del lunes. Vaya desde aquí mi aplauso hacia quienes, con la colaboración de todos, como es habitual en nuestro pueblo, no regatean sacrificios ni esfuerzos personales para el engrandecimiento de nuestra Semana Santa.

El martes.- Tendrán su salida el Cristo del Calvario y la Virgen del Consuelo que cerrarán la noche en la ermita del Dulce Nombre.

Y llegamos al **Miércoles Santo.**- Esa mañana todas las miradas se alzarán al cielo con la esperanza de verlo radiante, sin nubes amenazadoras ni viento húmedo, con el íntimo deseo de que podamos vivir la noche en la calle, en pos de la procesión.

Ya lo dice esa cuartelera, con resabios de coplilla popular:

Padre mío, que no llueva
miércoles Santo en la tarde
que salga la procesión
nos divertamos bastante.

Si, nos «divertamos», pero con el sentido profundo, de amor, de hermandad, que la palabra encierra para que los que vivimos y sentimos esta Semana Santa.

Pues bien, cuando la tarde del miércoles cae plácidamente envuelta en aromas que le regalan las huertas, cuando en nuestro cielo las golondrinas empiezan a tejer la noche, el pueblo acude al ensanche que la calle de Aguilar dibuja entre los templos de la Concepción y el Convento.

Vuela mi recuerdo a los lejanos y dulces años de la niñez, cuando subíamos tras esas hileras que formaban las hermandades al recoger a sus Hermanos Mayores, de la mano de la campanita, los estandartes y los grupos de picoruchos que iban incorporándose al paso. Semblanza tristemente perdida y que daba a la tarde un colorido especial. Escena evocadora también, la de aquellos blancos puestos de garbanzos junto al muro de la Iglesia, que atendían mujeres con delantales aún más blancos, rodeados de una chiquillería disputándose la prioridad en adquirir su «puñaito» de rigor.

En la plaza el bullicio era y es tremendo, pero cada cual ocupa el mismo sitio todos los años, de forma que, en medio de un aparente marasmo, nadie se pierde, todo está en orden.

Y en medio de este ambiente, las bandas de música dan salida a la procesión.

La tarde es un estallido
de cornetas y tambores
la plaza es un remolino
de chiquillos y mayores.
Racimos de picoruchos
de variados colores
se recortan en un aire
cuajado de mil olores.
Olor a cera y a huerta
a sementera y a flores.
Está la calle al completo
en balcones y ventanas
es grande la concurrencia,

para las corporaciones
la cesta del alpatana
es punto de referencia.

Y en este bullicio inmenso
de trompetas y tambores,
de bastones y de cirios
de abrazos y de apretones,
el Lavatorio y el Huerto
salen del templo a la plaza
entre vivas y clamores
que hacia el cielo se levantan.

Al otro extremo el Humilde
avanza sobre la plaza
entre paredes de cal
por una senda empedrada.

Llega al dintel de la verja
lleno su cuerpo de heridas
sentado sobre una piedra
y la mirada perdida.

De pronto, desde el gentío,
destaca la voz de un hombre
que levantando los brazos,
ambas manos extendidas
lanza no un grito, un quejío
«que Tu no tienes más túnica
que la piel con tus herias».

Es un momento sublime
un hondo estremecimiento
sacude los corazones
expresando el sentimiento
de un pueblo, sus emociones
su dolor y su impotencia
viendo sufrir a su Dios
que es el Rey del universo
y se hace por amor,
Rey de Humildad y de Paciencia.
Tras el Hijo, va la Madre,
la Virgen de la Amargura
que al ver las llagas que cubren
desde el cuello a la cintura
la espalda del Redentor
va vertiendo con ternura
amargo llanto de amor.

La procesión ya. está en marcha
se va perdiendo a lo lejos
el eco de los tambores
de Batidos, Misereres,
Alondras y ruiseñores.

En la plaza del convento
aún hay rumores de campanas
emociones, sentimientos
que se tiñen de colores
al compás de las bengalas.

Jueves Santo.-

El Jueves Santo es para la Iglesia el día del amor fraterno y en Puente Genil, este calificativo, tiene una de sus afirmaciones más categóricas.

Hay un clima de hermandad que lo inunda todo, que predispone al afianzamiento de la amistad, al perdón y a la concordia.

Hacia mediodía, una vez terminados los oficios religiosos de la mañana, el pueblo cobra una especial animación. Bares llenos y un continuo ir y venir de gente en todas direcciones. Podemos decir que estamos al completo, ya han llegado aquellos hermanitos que por los motivos que sean no pudieron venir antes, y los forasteros que nos visitan por primera vez o que repiten su visita sistemáticamente.

Hay ambiente relajado y de tertulia, se hace hora para la comida y en todas las charlas un único tema de conversación: Semana Santa. Están vedados, política, negocios y problemas. Al mundo ya nos incorporaremos «... de que llegue el lunes de Pascua»; como hubiera dicho nuestro poeta Pérez Carrascosa.

La comida del Jueves en los cuarteles es un acto solemne y, como corresponde al día, rebosante de fraternidad. En las cocinas, actividad incesante, en las mesas ambiente de cordialidad y un vino generoso elevándonos el espíritu a esferas supraterráneas.

Oradores espontáneos a los que, vino y corazón, enriquecen la sencillez de su palabra, harán esconder lágrimas a más de uno y emocionarán a todos.

Y entre discursos, poesía, brindis, un fondo de saeta cuartelera que saltará por toda la mesa, de un extremo a otro.

El café se tomará en la calle, mientras esperamos la salida de los romanos.

Aquí me voy a tomar la libertad de decir unos versillos que compuse un día y que trata una escena familiar que tengo grabada desde mi niñez, y que, en cierta forma, refleja el ambiente que estamos narrando:

Es para mí el Jueves Santo
cúmulo de sentimientos
que produce la nostalgia,
la evocación, el recuerdo.
La escena me surge clara
de la Victoria al Paseo
el pueblo llena la calle
niños, mayores y viejos,

esperan ilusionados
la salida del Imperio.
En el pie de la parroquia
la Judea tiene su asiento,
tras la fraternal comida
los semblantes satisfechos,
tazas de café en las mesas
y puros entre los dedos.
En un rincón, un grupito
está escuchando en silencio
la voz dulce; algo atildada
de un Álvarez; mi tío Alberto.
En el grupo está mi padre
Carlos Melgar y Lorenzo.
La Virgen de las Angustias
arriba, en un azulejo,
quisiera extender su manto,
eternizar este encuentro
que mi mente perpetúa
como un cuadro, en el recuerdo.

Tras esta licencia personal, volvemos a donde estábamos, esperando a los romanos. Y ¡como está la calle!. De un extremo a otro no cabe un alfiler -a «tente monete», -como decimos por aquí-. Los grupos, en los veladores, en torno a los cafés. Unos de punta en blanco y clavel en el ojal, otros de rebate, algunos asomando zapatillas o botas de figura, que hay que ganar tiempo al tiempo, romanos camino de su cuartel, legión de niños... En fin ¡un lío tremendo!

De pronto, desde el fondo nos llegan lejanos sonos de un pasodoble. ¡Ya vienen los romanos!, corre como pólvora la voz y, por encanto, la gente se apiña en las aceras, dejando libre el centro de la calle, por donde desfilará triunfalmente el imperio romano de Puente Genil.

Por el fondo de la calle
se ven venir los romanos.
Sus águilas imperiales
el aire vienen cortando.
El vaivén de un pasodoble
mece sus plumeros blancos
sus banderas y estandartes
también bailan en lo alto.
El sol de la tarde brilla
en el metal de sus cascos
en sus escudos y armas
y en sus preciosos bordados.
A su paso se producen
vibraciones de entusiasmo
y las palmas echan humo
¡Viva el Imperio Romano!
los vítores, emocionan
su corazón legionario

e influenciados del ambiente
desfilan aún más gallardos
conscientes de la ilusión
que a su paso van sembrando

Fantasía de color
y mágico resplandor
en estas estrofas canto
de nuestro Imperio, en su honor
por llenar con esplendor
la tarde de Jueves Santo.

La tarde se cierra entre sonos de campanitas. Camino de la Vera Cruz, notas de color que deja el paso de las figuras apresurándose para llegar a tiempo a la procesión.

En las iglesias, flujo incesante de files, y la semblanza clásica y bella de aquellas corporaciones que, enfiladas, solemnes, recorren las calles en silencio, cumpliendo la antigua tradición de visitar los monumentos.

Entre la plaza y la calle Aguilar, un espectacular desorden. Pasos saliendo del templo manos, gente por todos sitios, niños en brazos o a hombros de sus padres, contemplando atónitos la escena, aprendiendo sus primeras letras del catón mananero, chiquillos portando martirios, con el infantil orgullo de ser escudero de una figura. Y, alguna de estas, rostrillos en mano, semejando monstruos de dos cabezas, y en los que hay veces que es difícil adivinar cual es la de carne y cual la de cartón.

En definitiva, que si procesión significa proceso, orden, en este caso podríamos decir aquello de que «cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia» pero, es lo nuestro, lo que nos emociona y nos levanta los ánimos. Aquí no hay actores ni espectadores, todo el pueblo participa arriba y abajo, en el balcón o en la acera, con el bastón o el cirio, ocultándose...

Por detrás de ese rostrillo
que quizás llevó su abuelo
y que conoce sudores
de amigos que ya se fueron.

Milagrosamente, el caos se resuelve y surge, magnífica, una procesión deslumbrante, increíble, maravillosa, en la que se conjuga el oscuro de la noche con la luz que proyectan pasos, bengalas, cirios, y velas y el fantástico colorido que aportan las largas filas de figuras y el desfilar intercalado de los Romanos.

Y así, en largo trayecto, acompañamos a Cristo sufriendo la injuria, la blasfemia, las cuerdas; el látigo, las espinas..., la humillación, mientras su Madre camina tras El, adivinando el tormento de la cruz y alimentando inútilmente la esperanza del perdón.

Con sus saetas, Puente Genil es testigo evangélico de aquel primer Jueves en Jerusalén. Y a Jesús Preso le canta:

De púrpura lo vistieron
de espinas lo coronaron
lo asomaron a un balcón
con una caña en la mano
como si fuera un ladrón.

Y clama, ante los azotes que rompieron sus espaldas:

Por cuantos golpes le daban
ninguno llorar lo ha visto
y aquella columna fría
donde amarraron a Cristo
de pena se estremecía

Y finalmente, quiere desengañar a la Virgen de su Esperanza preparándola en su dolor:

La esperanza que tu tienes
no te va a servir de na
que han condena a tu hijo
que preso ya se lo llevan
y en una cruz morirá.

Viernes Santo.-

Con el cambio de metal, cambio en el tono de la campanita. Campanita de Jesús, que nos anuncia el nacimiento del Viernes Santo en la Puente.

Antes de que despunte el alba y el Terrible forme tribuna de honor con su madre Dolorosa, San Juan y la Imagen del Cristo de la Misericordia, para recibir el saludo de todo el pueblo en la Diana, habrá gran movimiento en las calles, y en los cuarteles quedará un retén encargado de despertar a los que fueron a descabezar el sueño.

Arriba, en la ermita, poco a poco se irá formando la guardia del Nazareno. Gente sencilla con problemas sobre sus espaldas o con el agradecimiento íntimo del favor cumplido, se apostará junto al Pórtico, vela en mano, con una fe inconmensurable hacia su Patrón. Es la corte, larga corte de amor, de agradecimiento de súplica que acompañará a Jesús en su caminar por la Puente. Muchos de ellos sin ni siquiera ver la Imagen, pero unidos a ella por un amor inmenso y descargando sobre El enfermedades; dificultades, letras, hipotecas, destinos militares... Cruz de sentimiento que el Terrible recibe con ternura, sin dolor, que para eso es el padre y el «Amo de las Cargas».

Cuando aún resuena en el aire el arpegio del metal de la Diana que la multitud oye conteniendo el aliento antes de explotar en un clamor de voces y palmas, se pone en marcha la procesión. Jesús Nazareno saluda a la Matallana desde el Jardín del Romeral, que le responde con el aroma de sus flores y continúa, despacio, su marcha hacia Santa Catalina; donde recibirá, de mano de las corporaciones el abrazo de todo su pueblo.

La noche saludó al alba
con rumores de Diana
las estrellas se resisten
a ocultarse esta mañana
y posan sobre Jesús
brillantes guiños de plata.
El gentío que llenaba
esa plaza del Calvario
se fue tras de los plumeros
bajo junto a los romanos
que al compás de un pasodoble
saludan al Viernes Santo.
Ya está en la calle Jesús
Nazareno de la Puente
que, paso a paso, camina
al encuentro con su gente
bajo el peso de la Cruz
y una corona de espinas
clavada sobre la frente.
Por un sendero de luz
que se pierde en las esquinas,
de este pueblo penitente,
llega a Santa Catalina.
Esta calle, abarrotados
sus aceras y balcones
será testigo sagrado
tribuna de presidencia
donde reciba al Patrón
el abrazo emocionado
de nuestras corporaciones
que le rinden reverencia
suplicando su clemencia
y llorando su pasión.
Van llegando las figuras
a cumplir la ceremonia
luciendo sus vestiduras
con pausada parsimonia.
Un lejano y marcial son
se va haciendo más cercano
y hace el Imperio Romano
su entrada en la procesión.
¡Que amalgama de color
forman plumeros y cirios,
las figuras, los martirios,
que luz y que resplandor!.
Y en lo alto el Nazareno
que es Amor de los Amores
ve aliviarse sus dolores

y estremecerse su cuerpo
al contemplar el amor
que el pueblo, en una saeta
dirige a su redentor:

No le pesa ya la cruz
ni le clavan las espinas
porque Jesús solo siente
el abrazo que la Puente
le da en Santa Catalina.

En la calle de la Plaza; otra vez las figuras, otra vez los Romanos y otra vez el pueblo participando activamente en el acto. Pero; todo es distinto entre Jueves y Viernes. Un sol casi de verano, preside hoy nuestro cielo, pintando fuego en los metales y caldeando un aire impregnado de aromas de flores y cera derretida. La procesión transcurre entre el respeto reverente que impone el paso del Nazareno, componiendo, en su conjunto, un retablo preciosista de color que nos llega al alma a través de unas cuerpos agotados, rotos, y más sensibles al sentimiento y a la belleza.

La Virgen de los Dolores; la Madre de los Chacones, se queda siempre algo atrás. Sus hijos la van llevando entre piropos, vivas y meciéndola con dulzura y mimo, intentando así mantenerla alejada del dolor que sufre por los padecimientos de Jesús, en su camino a la muerte, en esta tarde del Viernes Santo.

Antes de pasar el Puente, el Terrible templa el paso; como si esperara ver de nuevo viva aquella escena tan hermosa y tristemente perdida del Sermón del Paso; que tanto han cantado los poetas, que tanta nostalgia provoca en los que la conocimos.

«Y de to lo que a mi más me gusta
es el prendimiento que hacen en la plaza
seis o siete romanos que prienden
a la Virgen cruzando sus lanzas... »

Al pasar a Miragenil recibe el fervor del barrio y el canto de las riberas del río. En el cielo las golondrinas revoloteando, parecen querer acercarse a quitarle ya las espinas de su frente. Cuando Jesús queda en su caseta y la gente busca la sombra en hogares y cuarteles, se establece una viva comunicación entre El y su pueblo. Las saetas cuarteleras, más sentidas que nunca, con sabor de gran tragedia en sus estrofas, le llegan desde todos los rincones.

Lleno de polvo y suando
va caminando Jesús
sin fuerzas se va queando
ya no puede con la cruz
un hombre le va ayuando

Tanto te pesa la cruz
que no puedes caminar
que delito has hecho Tu
pa que como a un criminal
te trate la multitud

Jesús ya no puede más
descalzo y sus pies sangrando
y a cada paso que da...
una huella va dejando
de Amor de Gloria y de Paz.

Amor, Gloria y Paz que deja el Nazareno en su pueblo cuando tras el último adiós desde el Pórtico, vuelve a encerrarse en el templo.

Y aún no se ha apagado el eco de la campanita de Jesús, cuando otra nos llama desde el Dulce Nombre, para la procesión del dolor y de la muerte. Cristo en su Buena Muerte, algunos dicen que «Buena», por que murió en Puente Genil, el discípulo Juan que se mantiene fiel, y acompañando a la Madre en el Descendimiento, acompaña a la Madre en su soledad.

Se ha hecho noche la tarde,
aun resuenan como un eco
los vivas y las plegarias
a Jesús de Nazareno.
Ya han bajado los Romanos
con el luto en los plumeros
no van tocando,
van llorando sus trompetas
los sonos del Gloria al Muerto.

La Plaza del Dulce Nombre
abre las puertas del Templo
y sale por ella Cristo
clavado sobre un madero
Juan, el discípulo amado;
la Madre, llena de angustia
de verlo en sus brazos muerto
y luego; en su soledad
la soledad, que al perderlo
le tiene secos los ojos
y su corazón abierto.

Calle Ancha; don Gonzalo,
solemne recogimiento
sólo el demonio y la muerte
andan locos de contento
¡que ha muerto el Hijo de Dios!
dicen a los cuatro vientos
y engañan a los apóstoles
que marchan sin derrotero,
sus rostros encapuchados
sin esperanzas y con miedo,
de que alguien los descubra,
de que vengan a prenderlos.

La Virgen de las Angustias
a la altura del Paseo

recibe el rumor del río
rumor cantarino y quieto.
Y el río le da a esta Madre
un beso de brisa-viento.

Miragenil también quiere
demostrar su sentimiento
y por los ojos del puente
está llorando en silencio.
Cuando la calle se estrecha
una voz sube hasta el cielo
y como un escalofrío
recorre todos los cuerpos
de los que van con la Virgen
guiándola hasta su encierro:

«En un peñón solitario
se eleva una cruz vacía
y envuelto en blanco sudario
muerto en brazos de María
está Cristo en el Calvario»...

en cada garganta un ¡viva
la Virgen de las Angustias!
en cada pecho, el deseo
de que la Madre no sufra
de que sea menor su duelo.

Y se va yendo la noche
entre canciones al viento,
entre saetas y vivas;
entre la tierra y el cielo.
Luego de su Angustia queda
en Maria un gran silencio
en su Soledad le siguen
el dolor y el sufrimiento
de un pueblo que la acompaña
velando su desconsuelo,

En la puerta de la Iglesia
llega el saludo postrero
a la Madre de la Isla
a la Reina de los Cielos
Cuando se cierra la ermita
se queda todo en silencio
Se ha cerrado el Viernes Santo
y se han cerrado el infierno:

«ya está el infierno cerrado
y abierta la inmensa gloria
el pecado perdonao
y consumá la victoria
que el Padre Eterno ha mandao»

Sábado Santo y Domingo de Resurrección.-

El sábado, tras el largo descanso, semblantes mañaneros algo «apajolados», voces enronquecidas que quieren, a base de aguardiente y de café, soltar el gallo que domina las gargantas. Cuerpos, en definitiva, que no se han quitado aún la legaña del sueño, tras el cansancio acumulado de días anteriores y pese a larga ducha o al gratificante remojón de pies en agua-sal.

Conforme avanza el día nos vamos entonando y, a mediodía, como si aquí no hubiera pasado nada. No obstante, en el aire hay sensación de adiós. A los que vinieron de lejos y comienzan el retorno, a la Semana Santa que se nos va irremisiblemente y ya empieza a ocupar sitio en el rincón de las nostalgias. ¡Que buenos ratos hemos echao!, se oye decir. Pero como en este pueblo somos fundamentalmente optimistas, pronto cargamos el pasado a las espaldas y nos aprestamos a aprovechar lo que aún tenemos por delante.

El Sábado Santo se viene imponiendo como fecha de comida o cena en honor a la mujer en muchas corporaciones. Las mesas del cuartel con flores, y las risas; las voces cantarinas, dan al acto un tono risueño y alegre. Viene a ser como el resabio de aquellos sábados de gloria, en que volvían las campanas a las iglesias y la radio despertaba con música alegre tras un largo sueño de saeta y música sacra, en que la Huerta de la Barca era un escenario donde guitarras y bailes festejaban anticipadamente la alegría de la resurrección.

Por la noche, la procesión del Santo Entierro dará el contrapunto de seriedad y solemnidad que al día corresponde. Es procesión de silencio y luto que tendrá su reflejo en los negros estandartes, túnica y largas hileras de picoruchos que, alumbrando; acompañan a Dios a su camino a la sepultura. Y este funeral cortejo lo cierra la Virgen; que va descargando todo el sufrimiento pasado; con lágrimas de madre, brillantes lágrimas de dolor.

Finalmente; el domingo será la explosión de júbilo. Todas las corporaciones; hermandades de las distintas cofradías, todo el pueblo, se apretarán en torno a Jesús Resucitado poniendo broche de oro a nuestra Semana Santa, en grandiosa procesión que termina su triunfal recorrido en esa amplia avenida que lleva el nombre de nuestro gran poeta Manuel Reina.

Terminaré con un deseo, una íntima plegaria a nuestro Nazareno, pidiéndole que en medio de estos tiempos difíciles que nos ha tocado vivir, en los que los hombres nos aferramos a nuestras viejas tradiciones para no caer definitivamente en la ola de materialismo, progreso sin más y pérdida de valores, mantenga viva la llama, el sentimiento, la devoción de la Puente hacia su Cuaresma y Semana Santa, única forma de conservar este auténtico oasis espiritual, en donde impera el amor a nuestras cosas, a Dios y a su Madre, y al hombre como entrañable compañero en nuestro paso por la vida.

Por eso, sin más, sólo deciros adiós con la misma palabra que utilicé para saludaros al principio, la única que mi corazón siente cuando su destinatario es la gente de mi pueblo.

Adiós y Gracias... HERMANOS.